

CAPITULO XVII.

Quando los amotinados, despues de haber dado la vuelta, llegaron nuevamente á casa del desgraciado panadero, sus filas habian engrosado hasta el punto de no poderlos contener el área del Foro y derramarse por las calles adyacentes. Pero á los gefes, y á todos los que raciocinaban algo, se les ocurrió que era dudoso hubiese cristianos en Sicca, y que si los habia, era muy difícil descubrir su retiro. Esta dificultad presentaba un carácter tan práctico, que estuvieron sin saber qué decidir por espacio de algunas horas, lo cual irritó extraordinariamente las pasiones de aquellos furiosos, como al sediento se le aumenta el ánsia de beber si se le niega el agua. Al cabo, despues de tal agitacion, de tales imprecaciones, blasfemias, gritos, gesticulaciones inútiles y disputas de unos con otros, que parecia habitaban ya la prision infernal, se pusieron á recorrer la ciudad sin itinerario fijo, como antes el Foro, en busca de aventuras, y esperando que si no lo graban otro resultado, á lo menos con-

seguirian el de calmar por medio del movimiento la irritacion de sus pasiones.

Fué aquel un terrible dia para las personas respetables de Sicca; mas terrible que todo lo que los mas tímidos de entre ellos habian imaginado, cuando temian una manifestacion hostil contra la religion cristiana; porque ademas del odio que el populacho desenfrenado profesaba al cristianismo, sentia el estímulo del hambre y la peste. Los magistrados, llenos de temor, se encerraron en sus casas; el reducido cuerpo de tropas romana reservaba sus fuerzas para la propia defensa; y los muchos infelices que habian abandonado su fé y sacrificado á los dioses, colgaban de sus puertas símbolos paganos, á fin de alejar una tormenta contra la cual no era bastante salvaguardia la apostasia. Los Gnósticos y otros sectarios imitaron esta conducta; mientras que los Tertulianistas, por principio ó por orgullo, se manifestaron mas valerosos.

Se necesitaria la voz de bronce de que habla Homero, ó la mágica pluma de Walter Scott, para enumerar y pintar hasta donde cabe, las figuras y gru-

pos de aquella miserabilísima procesion. A medida que avanzaba adquiria una variedad y un desarrollo, que el circuito del Foro no le habia permitido mostrar. Los mas respetables establecimientos religiosos cerraron sus puertas, no queriendo ninguna mancomunidad con la chusma. Los sacerdotes de Júpiter, las escuelas del templo de Mercurio, el templo del Genio de Roma, junto al Capitolio, los hierofantes de Isis, Minerva, Juno y Esculapio, miraban aquel motin con terror y disgusto; pero estos no eran los objetos del culto popular. El vasto monumento de Astarte, que rivalizaba por el número y desenfreno de sus habitantes con las bóvedas del Foro; los antiguos ritos en gran cantidad y tan variados, aunque oscuros, que procedian de los tiempos púnicos; las nuevas importaciones de Siria y Frigia, y muchas otras guaridas y escuelas de depravacion y de crimen, contribuyeron á engrosar ó á caracterizar la sublevacion. La chusma hambrienta y holgazana, los innobles mendigos que se alimentaban de las sobras de los sacrificios; los conductores de las víctimas y los que las degollaban; los saltimbanquis que diver-

tian á la gente del mercado; los bailarines, los cantores, los tocadores de flauta de los bodegones y tabernas; las criaturas infames de todas edades, hombres y niños medio desnudos y ébrios; negros brutales, aborígenes del Atlas, con sus instintos feroces impresos en sus fisonomías; cananeos como ellos mismos se llamaban á causa de la costra; los que custodiaban las fieras del anfiteatro; gran número de campesinos, para quienes la epidemia era una época de Saturnales; últimamente, la multitud inmensa de desgraciados envilecidos por la miseria, y que pasaban las noches tendidos en filas á la entrada de sus celdas en los profundos subterráneos de las Thermas: tales eran las partes componentes de aquella procesion. Veíanse allí los emblemas diabólicos de la idolatría llevados del gran Templo púnico por algunos miserables, miéntras que hombres frenéticos, cubiertos de harapos y devorados por el hambre, saltaban y hacian cabriolas á su alrededor. Habia tambien un coro de Bacantes dispuesto á entonar en el momento dado sus canciones licenciosas. Venia despues el sacerdote del Saturno púnico,

devorador de niños, especie de Moloch, para quien el degüello de los cristianos era un rito sagrado, y que, lo mismo que sus servidores, llevaba un vestido de color rojo, como convenia á su sanguinaria religion. Habia ademas una banda de fanáticos adoradoras de Cibeles ó de la diosa Siria, suponiendo fuesen distintos ambos cultos, cuyos adornos consistian en cintas y telas de diversos colores, y que tenian el rostro pintado, los cabellos largos como las mugeres y la cabeza ceñida de un turbante. Se situaron al frente de la procesion; lugar que merecian por todos conceptos; y apoderándose del asno del panadero, colocaron sobre él su diosa. Algunos de ellos tocaban la flauta, mientras que otros tañian címbalos, bailaban, aullaban, movian convulsivamente la cabeza ó se azotaban. Tal era el cuadro que presentaba aquella frenética multitud, recorriendo lentamente las calles de Sicca, y lanzando de tiempo en tiempo en los intervalos de silencio el grito de *¡Christianos ad leones!* proferido por la boca de algun malvado, y que miles de personas repetian en su feroz delirio. Sin embargo, no encontraban aún nin-

gun cristiano, y era indudable que la rabia de la muchedumbre se descargaría sobre otros puntos de la ciudad, si seguia faltándole objeto. Al cabo uno se acordó del sitio que ocupaba la capilla cristiana mientras habia existido; y lanzándose la chusma en aquella direccion, no tardó en penetrar en el local, que hacia tiempo estaba dedicado á otros usos, y actualmente servia para depósito de barriles y odres. El infeliz sacristan, no obstante haber abandonado desde entonces toda observancia práctica de su fé, permanecia allí como guarda-almacén, por cuenta del dueño de los referidos objetos. Los amotinados le encontraron, y llevándole á donde estaba el asno y el ídolo, le ordenaron que los adorase. Aquel desgraciado obedeció; adoró al asno, adoró el ídolo, y hasta el genio del emperador. Pero sus perseguidores necesitaban sangre, y no querian que se les frustrase la esperanza que habian concebido. Así, no bien el sacristan cumplió sus mandatos, cuando se vió pisoteado por la multitud y enviado á visitar las potencias infernales, á las cuales acababa de rendir culto.

La segunda hazaña de aquellos frenéticos tuvo por objeto á un Tertulianista, que de pié en la puerta de su tienda, desplegaba la señal de la cruz; y habiéndose acercado con paso tranquilo á la procesion, cogió el ídolo que llevaban sobre el asno, lo rompió y arrojó los pedazos en medio de la chusma. Esta le contempló unos instantes atónita, pero luego algunas mugeres cayeron sobre el infeliz, le destrozaron con sus uñas y dientes, y le dejaron cubierto de sangre y sin vida en el suelo.

En la parte mas alta y mejor de la ciudad, á donde entonces se acercaban los amotinados, vivia la viuda de un duumviro, el cual habia profesado la fe cristiana. Aquella respetable señora seguia tambien la religion de Cristo, y sus amigos, que eran todas personas de distincion, habian logrado impedir que se la persiguiese. Vivía muy retirada, dedicándose, con arreglo á sus medios, á la educacion de sus hijos, é instruyéndoles en la religion tan esactamente como se lo permitian las circunstancias. Los alejaba de los malos ejemplos y de las compañías peligrosas; cuidaba de rodearlos de esclavos honrados, y les

enseñaba cuanto sabia del cristianismo, y que era suficiente para que se salvaran. Todos habian sido bautizados, y algunos, á falta de sacerdote, por su misma madre, progresando las tres hijas y los dos hijos hasta donde les permitia su edad (que variaba de siete á trece años) en el camino de la verdad y de la santificacion. Unos años antes, habiendo su marido, presidente del tribunal del Foro, castigado con justa severidad un acto de fraude, acompañado de ingratitud, el criminal habia alimentado constantemente un odio sordo contra el magistrado y su familia. Habia llegado el momento de vengarse, y lo aprovechó, descubriendo á sus furiosos camaradas la habitacion de aquella familia cristiana, que les era desconocida. No podia hacerles mayor servicio, y así, el modesto refugio de la viuda no tardó en verse invadido por los enemigos de su Dios y de sus discípulos. A pesar de sus desgarradores gritos y de sus súplicas, le arrancaron á sus hijos, y en el instante mismo en que el de menos edad se asia de su ropa, la infeliz madre cayó sin vida á los piés de sus verdugos. Los cinco inocentes fueron con-

ducidos en triunfo: aquella era la mas insignie victoria de la jornada. Pasó algun tiempo antes de decidir de su suerte; pero al cabo se convino en que las hembras serian entregadas á la sacerdotisa de Astarte y los varones á los horribles adoradores de Cibeles.

El objeto principal del motin habia sido vengarse de los cristianos; pero al mayor número de los amotinados los escitaba la esperanza del pillaje, y en esta parte los cristianos no podian satisfacer sus deseos. Habian empezado la jornada por el ataque del almacén de comestibles, y encontrándose ahora en el barrio aristocrático de la ciudad, contemplaban con envidia y codicia sus suntuosos edificios. En breve se pusieron á gritar: *¡pan! ¡pan!* profiriendo al propio tiempo las mas terribles amenazas contra los cristianos. Golpearon fuertemente las puertas cerradas, y buscaron medios de escalar las altas paredes que defendian por delante las habitaciones. Impulsados del hambre y de sus deseos de matanza, se organizaron en bandos y fueron á exigir víveres de puerta en puerta. Todo les parecia buena; pan, higos, uvas y vino;

todo lo cogian y devoraban los menos necesitados. Otros feroces suplicantes sucedieron á los primeros, y era claro que, si algun incidente no los arrancaba de alli, el barrio rico de Sicca hallaria en ellos un enemigo mas terrible que la langosta.

Las casas del *susceptor*, ó recaudador de contribuciones, del *tabularius* ó escribano, del *defensor* ó consejero de la ciudad, y otras dos ó tres habian sido ya teatro de colisiones entre los esclavos y el populacho, cuando se intentó un ataque contra la habitacion de otro individuo de la curia, que hacia el oficio de flámen de Júpiter. Era un hombre rico y amante de sus comodidades, generalmente popular, enemigo de la persecucion, pero mas enemigo aún de que se le persiguiese. No se habia contentado con tolerar á los cristianos sino que tenia uno entre sus esclavos, griego de nacion, escelente cocinero y perfumista, al que no hubiera querido perder por una gran cantidad de dinero. Sin embargo, la vida le era mas cara que los manjares, y habia que arrojar al mar un Jonás para salvar el buque; así, los demas esclavos echaron á la ca;

lle horrorizados, pero con prisa, al infeliz cristiano, cerrando en seguida la puerta. Era de mediana edad y de fisonomía grave, y miró tranquilamente la multitud furiosa y desordenada que hormigueaba en torno suyo sobre la colina y acrecia el número de sus perseguidores. ¿Qué porvenir le aguardaba quedándose al servicio de su dueño terrestre? La acostumbrada provision de carne y de vino mientras se mantuviese fuerte y hábil, palos ó azotes si llegaba á desagradarle; y por último, la vejez y la muerte del caballo de alquiler, que ha caracoleado en otro tiempo en el brillante séquito, ó relinchado á la aproximacion del combate. ¿Cuál es ahora su esperanza? Un instante de agonía, la muerte de un mártir y la eterna vision beatífica de Aquel por quien moria.

—¡Al asno ó al leon! gritó la chusma; que adore el asno ó que luche con el leon!

Arrastrósele, pues, adonde estaba el asno, y se le ordenó que se prosternase ante el animal. En menos de un minuto levantó los ojos al cielo, se persignó, confesó á su Salvador y fué hecho pe-

dazos por la multitud, que se anticipo de esta manera al leon del anfiteatro.

Hubo un momento de calma, al que debia seguir un nuevo huracan. No todas las familias tenian un cocinero cristiano que entregar á la furia popular. La sedicion, el pillaje, los escesos estaban al órden del dia; se enviaron apresuradamente repetidos mensajeros al Capitolio y al campamento en busca de socorro; pero los Romanos se contentaron con responder, que bastante harian defendiendo los edificios y las oficinas del gobierno. Indicaron, no obstante, medios para engañar á la multitud, ó para envolverla en alguna empresa difícil ó fatigosa que diese tiempo á las autoridades de deliberar y ocasion de sobreponerse á los sediciosos. Si los magistrados lograban arrojarlos de la ciudad, se habria conseguido mucho; pues entonces podrian cerrar las puertas y tratar con ellos como mejor les acomodase; en cuyo caso seria posible que los insurrectos se alejasen y dividiesen, cayendo así mas fácilmente en sus manos. Manifestaban ya claros síntomas de nuevo furor, cuando de repente una voz gritó:

—¡Agelio, el cristiano! ¡Agelio, el mágico! ¡Agelio á los leones! ¡A la quinta de Varo! ¡A la cabaña de Agelio! ¡A la puerta del Sudoeste!

Un feroz alarido respondió á esta voz en aquella inmensa muchedumbre. Habíasele comunicado el impulso como la vez primera: las olas de aquel oceano de séres humanos refluyeron y se retiraron; y siguiendo el pié de la colina, corrieron con violencia hácia el Sudoeste. Juba, ¡tu profecía no tardará en cumplirse! Las langostas causarán mas daño á la habitacion de tu hermano que el edicto imperial ó que la magistratura de Sicca. ¡Aun despues de terminado el dia continuará la tormenta!

### CAPITULO XVIII.

Desde la tarde en que da principio nuestro relato se habia verificado un cambio completo en el aspecto de la naturaleza que observábamos entonces con tanto placer alrededor de la cabaña de Agelio; y por lo mismo que es tan penoso contemplar la devastacion y la

ruina sucediendo á las mas lisonjeras esperanzas, diremos pocas palabras respecto á este punto. El cielo estaba despejado, como entonces; adelantábase el sol en su silenciosa carrera, cual si solo aspirase á madurar los granos y frutos destinados al alimento del hombre; pero el calor de sus rayos era ya inútil, en atencion á que los granos y los frutos habian desaparecido y no quedaban ya hombres que los recogiesen y disfrutasen de ellos. Una sombra negra habia recorrido el hermoso paisaje, dejándolo desfigurado, y parecia al observador como si el fuego hubiese quemado toda la superficie comprendida bajo aquella sombra, despojando á la tierra de su vestidura. Nada se habia librado del azote; ni una planta de *khennah*, ni una rosa, ni un clavel, ni una naranja, ni un azahar, ni una *boconia*, ni un racimo de uvas verdes, ni una baya de olivo, ni una oja de yerba. Jardines, prados, viñedos, sotos, en vez de brillar por la rica variedad de matices que constituian hace poco su rasgo característico, estaban ahora reducidos á un triste color de ceniza. Elevábase acá y allá en aquel momento el humo de los montos